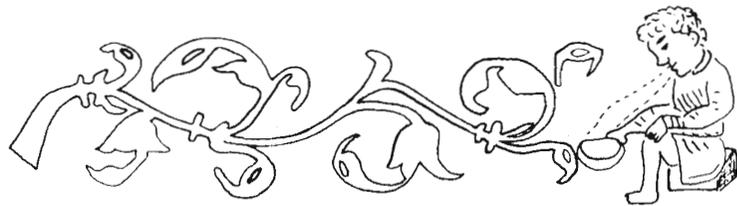


PREFACIO



En los últimos años se han producido importantes cambios en cuanto a lo que sabemos del impacto que tuvo España en América. Dichos cambios no sólo han obligado a los investigadores a reformular sus preguntas; tal vez lo más importante es que han logrado crear una mayor conciencia entre la gente de que la llegada de los europeos a las costas americanas desencadenó una secuela de destrucción sin precedente entre los pueblos indígenas. No es una historia agradable de contar o escuchar, pues hacia cualquier parte que dirijamos la mirada, no veremos más que desastres.

No se puede negar que las causas del brusco descenso de las poblaciones autóctonas fueron complejas, numerosas e interrelacionadas, como tampoco se puede desconocer el hecho de que algunos pueblos nativos corrieron mejor suerte que otros frente a la ocupación y colonización europea. Finalmente está surgiendo el consenso allí donde antes cundía el desacuerdo. Este consenso admite no sólo que el número de aborígenes americanos disminuyó precipitadamente tras la conquista española, sino también que la disminución de la población nativa se puede atribuir en gran parte a la introducción de enfermedades en el Nuevo Mundo, frente a las cuales sus habitantes se encontraban inmunológicamente indefensos.

Aunque hoy muchos reconocen el factor epidemiológico como una variable clave para explicar los esquemas y procesos de supervivencia indígena, hasta la fecha pocos han dedicado un volumen completo a su estudio. Por esta razón, el propósito de esta colección de ensayos, es examinar el papel que juegan los brotes de enfermedad en la configuración de la experiencia colonial de los pueblos nativos a lo largo y ancho de la América española.

Los ensayos que recogemos en este volumen son el resultado de años y hasta décadas de trabajo individual; esfuerzos que asumieron una dimensión claramente colectiva cuando los investigadores se reunieron en Amsterdam, en julio de 1988, para presentar sus trabajos en el 46° Congreso Internacional de Americanistas. La calidad y el alcance de las presentaciones, en nuestra opinión, merecen su compilación en esta obra. La mayoría de las colecciones editadas al parecer sufren de una falta de enfoque ocasionada por esfuerzos frustrados por relacionar contribuciones dispares en un todo difícil de consolidar. Para evitar que esto ocurra, decidimos seleccionar, a partir de todas las contribuciones sobre el tema presentadas en el Congreso, únicamente aquellas que trataban exclusivamente sobre el impacto de las enfermedades del Viejo Mundo en los pueblos nativos durante el período colonial en la América española.

En Amsterdam, Woodrow Borah ayudó a enmarcar la discusión mediante su evaluación del "estado de desarrollo" de nuestro campo de investigación. Parece apropiado, de hecho algo natural, que lo que en un principio se consideró una observación concluyente, ahora serviría apenas como un punto de partida. La misión original de Borah le obligó a revisar toda la investigación pertinente no sólo para la América española sino para todo el continente americano. Borah, entonces, amoldó la dimensión hemisférica de su primer borrador para que cumpliera con nuestros nuevos términos de referencia. En una carta nos dijo con toda razón lo siguiente: "el problema es que la enfermedad no se acomoda así no más a las fronteras políticas. De hecho, en el siglo dieciséis y gran parte de la época colonial, hubo pocas fronteras políticas de importancia". Aunque según el análisis de la literatura disponible que forma la introducción de este volumen, Borah delimitó sus facultades de crítica a petición nuestra, también considera "títulos que encajan dentro del período español en las fronteras septentrionales y aquellos que tienen que ver con ciertos fenómenos generales que posiblemente han sido detectados al norte del Río Grande pero que también son importantes al sur del mismo". Asimismo, otros capítulos incorporan descubrimientos válidos hechos en varias partes del mundo, pero el enfoque sigue siendo el mismo en cuanto al tiempo y el espacio: Hispanoamérica durante la época colonial.

Una vez que Borah establece el marco de investigación, varios autores presentan cronologías de las enfermedades que asolaron diferentes regiones en épocas distintas. En el primer capítulo, distinto en esa edición española, Noble David Cook presenta un esquema de los primeros brotes de enfermedad europea en el Caribe, durante el inicio de la época colonial.

Según Cook, la des-
lo que ocurrió en T
bién la posibilidad
expedición de Colé
cuencia epidémica
séis. De especial in
los registros indíge
dos aunque no sier
con cautela, antes
drían corresponder
be lo que pudieron
que aparecían en i
que, después del co
sino discontinuo, a
caso de Guatemala,
medades según la
diezmaron a la pob
de brotes localiza
co recibe apoyo en
teriales disponibles
cuada, ambigua y
precisión de qué se
rría más de una en
como fueron tamb

Linda A. N
el siglo dieciséis. S
gunos autores, los
población indígen
1524 y 1591, las c
pañadas de much
evidencia que con
ecuatorial para
Newson no encon
nes de Francisco
que que algunas e
nía durante el pri
ra los Chibchas d
incidencia y el im
Adicionalmente,

Según Cook, la despoblación de las islas nos presenta una muestra clara de lo que ocurrió en Tierra Firme pocos años después. El autor presenta también la posibilidad de una llegada temprana de la viruela con la segunda expedición de Colón. En el segundo capítulo, Hanns J. Prem, traza una secuencia epidémica ocurrida en la zona central de México en el siglo dieciséis. De especial interés en la reconstrucción de Prem es su evaluación de los registros indígenas que aumentan los textos castellanos, mejor conocidos aunque no siempre plenamente utilizados. Prem indaga en las fuentes con cautela, antes de dar su opinión acerca de cuáles enfermedades podrían corresponder a los síntomas y características descritos. Prem describe lo que pudieron haber sido epidemias de sarampión y tifus (tabardillo) que aparecían en intervalos de aproximadamente treinta años, y sostiene que, después del contacto, el descenso demográfico no fue ininterrumpido sino discontinuo, agravándose con cada brote de gran magnitud. Para el caso de Guatemala, W. George Lovell establece una cronología de las enfermedades según la cual se puede determinar que hasta ocho pandemias diezmaron a la población maya entre 1519 y 1632, junto con otras docenas de brotes localizados. El argumento de Prem para la zona central de México recibe apoyo en la interpretación que hace W. George Lovell de los materiales disponibles para Guatemala: debido a que la evidencia es inadecuada, ambigua y contradictoria, a menudo es imposible determinar con precisión de qué se trataron ciertas pandemias, especialmente cuando ocurría más de una enfermedad. Sin embargo, la pérdida de vidas fue grande, como fueron también las repercusiones sociales y económicas.

Linda A. Newson reconstruye la historia epidémica de Ecuador en el siglo dieciséis. Su conclusión es que, a diferencia de lo que sostienen algunos autores, los brotes de enfermedad sí tuvieron un gran impacto en la población indígena. Se pueden identificar al menos cinco pandemias entre 1524 y 1591, las cuales, como en el caso de Guatemala, estuvieron acompañadas de muchos otros brotes menores a nivel local. Newson halla poca evidencia que confirme la reputación de insalubridad que tenía la costa ecuatoriana para los españoles en aquella época. De la misma manera, Newson no encontró nada importante en las relaciones de las expediciones de Francisco de Orellana, Pedro de Ursúa y Lope de Aguirre que indique que algunas enfermedades se propagaron de Ecuador hacia la Amazonía durante el primer medio siglo de conquista española. Más al norte, para los Chibchas de la Sabana de Bogotá, Juan y Judith Villamarín trazan la incidencia y el impacto de las epidemias para casi todo el período colonial. Adicionalmente, los Villamarín extrajeron información de los registros de

la parroquia de Chía con el propósito de apreciar mejor los acontecimientos a nivel comunal. El suyo es un enfoque de investigación que presta amplia atención a los matices y conexiones locales.

Si Chía sirve como estudio de casos cuyos detalles reflejan y refinan el contexto mayor del que forman parte, la microhistoria andina de Brian M. Evans no hace menos. Evans traza los esquemas de mortalidad en Aymaya, una comunidad del Alto Perú, desde 1580 a 1623, utilizando como base de información unos documentos que contienen las disputas acerca de las obligaciones tributarias de los indios. Con la obligación de proporcionar listas de bautizos y entierros acaecidos en Aymaya durante los procesos legales, los clérigos de la localidad presentaban abundante información detallada, gracias a la cual Evans pudo documentar el grave impacto demográfico que tuvo la viruela en 1590, en 1608 y en 1610.

El paso del campo a la ciudad está marcado por el estudio de Suzanne Austin Alchon sobre Quito del siglo dieciocho. Al igual que Evans y los Villamarín, Alchon procura enmarcar los acontecimientos en un contexto histórico y geográfico. Después del colapso demográfico del siglo dieciséis, la población de Ecuador se duplicó entre 1590 y 1670 gracias a la migración y al crecimiento natural. Este aumento demográfico se vio interrumpido por varios brotes de enfermedad entre 1692 y 1695, que constituyeron la antesala de una serie de epidemias que diezmaron a la población a lo largo del siglo dieciocho. Quito no fue la excepción y, como resultado, su población disminuyó durante los años cuarenta del siglo dieciocho y aun después. La ciudad sufrió especialmente de una epidemia de sarampión entre 1785 y 1788. En un ambiente cultural y natural muy distinto al de Quito en el siglo dieciocho, el estudio de Fernando Casanueva se ocupa del impacto de la viruela en la zona fronteriza a lo largo del río Bío-Bío en el sur de Chile en 1791. Cobra importancia aquí el papel de la política gubernamental, especialmente la imposición de cuarentena con el fin de evitar la diseminación de la enfermedad y la respuesta de los indígenas a los estragos de la viruela. La debilitada condición de los pueblos nativos al inicio de la epidemia permitió que los españoles consolidaran su autoridad sobre una región que por mucho tiempo había escapado del control imperial.

El conjunto de estos ensayos saca a la luz los beneficios que se obtienen cuando cooperan historiadores, geógrafos y antropólogos. En la última contribución, los coautores delinean la evolución de una red de enfermedades que se desarrolló en el Nuevo Mundo a inicios de la expansión europea. Una tras otra las enfermedades procedentes del Viejo Mundo aso-

laron el continente americano y comunicación. El impacto de varios factores, pero para el siglo dieciséis había arremetido sobre la vida y las costumbres americanas. En 1600 la población había adquirido un carácter más estable entre una población indígena que se recuperaba del impacto epidémico. El contacto se intensificó y conectan entre sí, pero igualmente y gratificante investigación. Esta obra logra tan solo persuadir a hacer para obtener el verdadero

laron el continente americano, siguiendo rutas bien establecidas de comercio y comunicación. El impacto de la enfermedad era diferente según varios factores, pero para el siglo diecisiete la población aborigen se había reducido significativamente, con una consiguiente alteración irreversible de la vida y las costumbres autóctonas. La enfermedad que durante el siglo dieciséis había arremetido bajo su forma epidémica, para el siglo dieciocho había adquirido un carácter endémico y brotaba más esporádicamente entre una población indígena que en la mayoría de las regiones empezaba a recuperarse del impacto epidemiológico de la conquista. Se pueden identificar inmediatamente importantes hebras de la madeja, que se confunden y conectan entre sí, pero igualmente otros elementos aguardan una paciente y gratificante investigación. Habremos cumplido nuestra misión si esta obra logra tan solo persuadir a los lectores de que aun queda mucho por hacer para obtener el verdadero significado del año 1492.